



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Dossier “La diversidad sexual abordada desde el psicoanálisis”

2023

Juan Manuel Martín Uribe Cano

La diversidad no es perversidad: una mirada psicoanalítica a las sexualidades contemporáneas

Revista Affectio Societatis, Vol. 20, N.º 38, enero-junio de 2023

Dossier. # 12 (pp. 1-17)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

DOSSIER



LA DIVERSIDAD NO ES PERVERSIDAD: UNA MIRADA PSICOANALÍTICA A LAS SEXUALIDADES CONTEMPORÁNEAS*

Juan Manuel Martín Uribe Cano¹

Universidad de Antioquia, Colombia

mmuc662@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-7585-5316>

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v20n38a12>

Resumen

El presente artículo explora los cimientos del saber psicoanalítico en su génesis y, con esta, la pregunta por lo fundante humano: el reconocimiento de un cuerpo y un psiquismo sexuales. De otro lado, aborda la relación entre la identidad humana en relación con la sexualidad, la pulsión, sus objetos y lo diverso que connota la “pervertida” sexualidad humana por efecto de la introducción y caída del significativo en el cuerpo. Finalmente,

propone una revisión de la anatomía y el destino biológico de los cuerpos para sostener desde allí que cuando se trata de la sexualidad y de Eros, en relación con el gozo, hay un escenario en el inconsciente del cual se ocuparán en adelante la teoría y la praxis psicoanalíticas.

Palabras clave: biología; falta; diversidad; identidad; sexualidad; hembra; macho; Uno fálico; Otro sexo.

* Esta publicación es el resultado de las ponencias divulgadas en el encuentro académico *Psicoanálisis y ciudad: la diversidad sexual abordada desde el psicoanálisis*, realizado por el Grupo de Investigación Psicoanálisis, Sujeto y Sociedad del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia).

1 Doctor en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana. Magister en Ciencias Sociales y Filósofo, Universidad de Antioquia. Investigador y profesor del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia. Miembro del Grupo de Investigación Psicoanálisis, Sujeto y Sociedad.

DIVERSITY IS NOT PERVERSITY: A PSYCHOANALYTIC APPROACH TO CONTEMPORARY SEXUALITIES

Abstract

This paper explores the foundations of psychoanalytic knowledge in its genesis and the question of the human essence: the recognition of a sexual body and a sexual psyche. On the other hand, it addresses the relationship between human identity and sexuality, the drive, its objects, and the diversity of the “perversity” of human sexuality due to the introduction and fall of the signifier in the body. Finally, it pro-

poses a review of anatomy and the biological destiny of bodies to argue that, when it comes to sexuality and Eros, concerning jouissance, there is a scenario in the unconscious which will henceforth be a question of the psychoanalytic theory and praxis.

Keywords: biology, lack, diversity, identity, sexuality, female, male, phallic One, Other sex

LA DIVERSITÉ N'EST PAS PERVERSITÉ : UN REGARD PSYCHANALYTIQUE SUR LES SEXUALITÉS CONTEMPORAINES

Résumé

Cet article explore les fondements du savoir psychanalytique dans sa genèse et, en même temps, la question sur ce qui fonde l'humain : la reconnaissance d'un corps et d'un psychisme sexuels. En outre, l'article aborde la relation entre l'identité humaine par rapport à la sexualité, la pulsion, ses objets et la diversité qui connote la sexualité humaine « perversité », par effet de l'introduction et de la chute du signifiant dans le

corps. Finalement, il propose une révision de l'anatomie et du destin biologique des corps pour en conclure que lorsqu'il s'agit de la sexualité et d'Eros, concernant la jouissance, il existe un domaine dans l'inconscient dont s'occupera désormais la théorie et la praxis psychanalytiques.

Mots clés : biologie, manque, diversité, identité, sexualité, femelle, mâle, Un phallique, Autre sexe

DIVERSIDADE NÃO É PERVERSIDADE: UM OLHAR PSICANALÍTICO SOBRE AS SEXUALIDADES CONTEMPORÂNEAS

Resumo

O presente artigo explora os fundamentos do conhecimento psicanalítico em sua gênese e, com esta, a questão do que é fundamentalmente humano: o reconhecimento de um corpo e uma psique sexuais. Por outro lado, aborda a relação entre a identidade humana em relação à sexualidade, a pulsão, seus objetos e a diversidade que conota a sexualidade humana “pervertida”, pelo efeito da introdução e queda do significante no corpo. Finalmente, propõe uma revisão da

anatomia e do destino biológico dos corpos a fim de sustentar a partir daí que quando se trata da sexualidade e de Eros, em relação ao gozo, existe um cenário no inconsciente que a teoria psicanalítica e a práxis tratarão doravante.

Palavras-chave: biologia, falta, diversidade, identidade, sexualidade, feminino, masculino, Um **fálico**, Outro sexo

Introducción

El tiempo de la subversión se caracteriza básicamente por una nueva forma de entendimiento sobre el signo que arroja nuevas significaciones en contravía de aquellas que, estando en el horizonte, se ven confrontadas y, a la postre, superadas por esas significaciones que posibilitan una lectura y una posición de los sujetos respecto a su núcleo social y a la cultura misma.

Estamos en tiempos de subversión, o mejor en tiempos de concreción y efectos de una subversión que ya se había dejado escuchar en un tiempo en que se conmovió la comprensión misma del mundo y la naturaleza. En ese tiempo del cual podemos encontrar su coordenada con el surgimiento del saber psicoanalítico en aquella Austria entre la represión moral victoriana y el liberalismo de las artes de cabaret, una profunda y esencial verdad para los humanos se hacía presente. Advenía al mundo esa verdad y la especie humana se separaba definitivamente de la naturaleza.

Una verdad, un axioma –que quizás se sospechaba desde siempre–, que se decía de modo accidental y vergonzante pero nunca expresado como fundante ni mucho menos sistematizado –racionalizado si lo prefieren– es la división estructural del individuo. División que opera en toda producción, creación y acción de lo humanamente determinable, y de manera preponderante sobre la sexualidad que, en el quehacer cotidiano de los humanos se practica tanto en el plano fáctico como en sus razones fantásticas, fantasiosas y fantasmáticas. Una división entre la organización genital y su primado orgánico y las identidades sexuales que se producen en una zona diferenciada del espacio que habitan los individuos, sus cuerpos y la especie misma, un lugar que podemos llamar el espacio intrapsíquico.

Los sujetos se identifican tan raramente con su anatomía que más bien tendemos a inquietarnos ante lo que podemos llamar nuestro ser sexuado. La pregunta realizada, consciente o inconscientemente, si se es verdaderamente una mujer o verdaderamente un hombre, se hace presente e incluso concita a los sujetos a que demuestren que son tal o tal, hombre o mujer; de las acciones reafirmantes de la virilidad de los

hombres, algunas veces absolutamente abominables y violentas, a la mascarada femenina, algunas veces exagerada, que no necesariamente una teatralidad, a la negación de dichas acciones y la asunción de un estado tercero de identidad que, como tal, exige una ampliación de la definición de los dos géneros –pues es tan humano que debe ser entendido como una identificación, identidad plena en todo sentido, y no simplemente como un híbrido, como una monstruosidad, con lo cual la premisa de la diversidad se cumple y con ella la propuesta analítica sobre la sexualidad–. Una sexualidad que se sabe, se dice y se practica desde la desnaturalización de lo biológico, de lo orgánico, más allá de lo instintual reproductivo, de la simple conservación de la especie, en una palabra, más allá de la determinación imperativa de los condicionamientos de los individuos respecto a su especie, para ubicar en el horizonte una forma de placer, de satisfacción, en donde la anatomía, bajo una “lógica naturalista” que no existe, determinaba el estado civil, pues ella no determina ni legisla en el deseo ni en la pulsión por cuanto pende de “eso” que hemos llamado el inconsciente, y cuya realidad, desde su causación, se amarra a la sexualidad.

Ahora bien, en estos tiempos de concreción subversiva en donde se constata por doquier que la diversidad es un real devenido de la condición simbólico-imaginaria que ha atravesado los tiempos de la cultura –de una cultura hegemónica que ha negado lo hetero, la heteronomía y ha hecho de “lo normal” una condición idealizada que poco tiene que ver con lo que implica existir al interior de una vida que palpita sorda y vanamente–, existir humanamente es un decir que reclama un sentido que respeta las diferentes formas de la singularidad, un reclamo en el vasto espacio del silencio cómplice de lo norma-tizado.

Nos encontramos, consecuentemente, con una aporía cuando ponemos en el horizonte al psicoanálisis y su descubrimiento de la subversión sexual, pues desde un flanco lo encontramos en el momento mismo del origen y sistematización de esa verdad sexual que nos divide, y desde otro, encontramos que su descubrimiento ha favorecido el mantenimiento de esa concepción hegemónica, que si bien desde lecturas e interpretaciones no muy ajustadas a las proposiciones fundamentales del psicoanálisis resulta no menos cierto que cumplen

también con una simple deducción analítica y tal es la apuesta por el equívoco.

Intentemos, en este breve espacio de reflexión y de letras, vislumbrar algo de esta aporía y proponer analíticamente cómo es posible concebir nuestra diversidad sexual como efecto de la división del sujeto y la desnaturalización que la origina.

La identidad humana y la sexualidad.

Sabido es que nuestra condición humanizada está determinada por una constante abiertamente legible y oíble, está condicionada por el hecho de que hablamos y somos hablados, con lo cual, más allá de cualquier objeción posible de darse, estamos habitados por el lenguaje, creamos por el lenguaje, amamos por el lenguaje; en fin, somos humanos por la intervención del lenguaje que se define básicamente por ser simbólico. Existe, pues, una clara dependencia, alienación, al hecho que nuestra estofa está urdida por el lenguaje.

De aceptarse lo anterior, podemos adelantar una afirmación que puede sonar un tanto sorprendente, pero que no exige mayor profundidad, como el inconsciente mismo, y es que la vida tiene una expresión que la aleja de la comprensión media del simple vivir, presencia órgano-fisiológica, y es el existir. Existir es un plus que debemos a la acción del lenguaje, de lo simbólico mismo que cae, que se “ensambla” en la vida de un individuo para dividirlo, para hacerlo un sujeto efecto de esa partícula elemental del lenguaje que es el significante. Lo humanamente dable entonces está cruzado por ese significante que se encadena, se concatena para crear discursos, para determinar la separación del hecho natural, de la anatomía y sus correlatos, en donde tenemos que aceptar que el sexo que acompaña al crío humano es también capturado, modificado de manera esencial, martirizado al recaer sobre él las significaciones que fundan la existencia y que están alejadas de la taxonomía hembra-macho.

En este sentido, podríamos sostener que desde el dictado de la naturaleza biologizante, el par hembra-macho y el sexo como garan-

te de la pervivencia de una especie quedan pervertidos en sentido estricto.

La perversión, en esta dirección, no es más que la desviación efecto del lenguaje y sus funciones, de la necesidad, del imperativo de la naturaleza para fundar la sexualidad humana, de suerte que podemos asegurar que nuestra sexualidad es una perversión absolutamente fundada en la separación diferenciadora del hecho del lenguaje. Nuestra sexualidad es oral, anal, fálica, escópica e invocante, puro demandar y desear gestados en el vientre de ese lenguaje que nos habla y nos hace hablar, es una realidad pulsional que no tiene una pareja humana que le complete, que no encuentra en los semejantes sino lo otro de su incompletitud.

Este descubrimiento, su enunciación, su predicación y sistematización se la debemos a Freud, quien postula la presencia en el neonato de la actividad sexual ante la inmadurez orgánica del sexo, como esencialmente determinante de aquello que ha de advenir en el adulto y resulta, a la postre, traumática. La denominó “perversión polimorfa”, de suerte que no se puede confundir con lo que llamamos clínicamente como “el perverso estructural”, o con esa persona señalada moralmente como criminal y por fuera de cualquier referente a la ley. No, la perversión polimorfa del niño consiste en una búsqueda, en primera instancia, de una satisfacción que ya no podrá encontrar y de una imposibilidad de fijarse en un solo y exclusivo “objeto”, al punto que llegará a producir alucinaciones de satisfacción para evitar, para saldar, para rellenar la insatisfacción, verdadera madre y fuente fresca de la demanda y del deseo inconscientes. Dicha insatisfacción es una forma de pagar el hecho de pertenecer a lo diferenciado de la naturaleza, a la perversión, que nos ha y hará humanamente sexuados. Ampliemos un tanto más esta afirmación.

A diferencia de los entes de la naturaleza, esos que llamamos, que nombramos como animales, que son y están de manera esencial completos, que nada les falta, los hablantes-seres, la especie habitada y dependiente del lenguaje son, de entrada, estructuralmente habitados por la falta, por algo que les es restado, que descompleta la completitud del animal y nos pone, como que humanos, en una bús-

queda, a intentar recuperar dicho estado, resultando “absolutamente” imposible tal intento. Consecuencia de ello es que no hay exclusividad en la posesión de lo contrario, la hembra para el macho o el macho para la hembra, de dicho estado de completitud, de unidad de lo uno con lo otro, es decir, lo que falta no es lo otro de uno, sino el uno mismo que ha sido restado en la operativa de advenir un sujeto deseante. Contrariamente, en el orden animal, al no faltar nada, nada se busca en el orden de una satisfacción advenida desde la insatisfacción, garantía de la búsqueda deseante, nada en última instancia demanda ni nada desea.

Demanda y deseo son, entonces, efectos de esa falta que se realiza, opera en la unidad, en el individuo, y lo llevan de un lado a otro, al hablante-ser, a encontrar, en pro de recuperar el “estado de unidad primordial”, de completitud, de una satisfacción toda. Para ello, el hablante-ser va, por medio de la alucinación, de un objeto a otro, privilegiando partes de su cuerpo, recortándolo, diríamos, que son estimulados y deparan una sensación de placer que se intenta re-producir vanamente, pues se pierde irremediablemente tanto el objeto como el *momentum* mismo en que se ha producido la sensación placiente, de suerte que allí tenemos una causa de la emergencia del deseo, deseo que por demás no puede ser sino nombrado como sexual.

La pérdida de objeto y de ese *momentum* constatan la falta estructural que intentamos llenar, rebosar, recurriendo al proceso psíquico inconsciente de la repetición, en pro de la unidad imposible, que recurre a la fantasía, a lo fantástico y al fantasma y, a la postre, a una fijación que no cesa de hacerse presente en la realidad construida con los elementos del lenguaje y la lengua.

Este último proceso psíquico inconsciente, al estar en medio de ese ir y venir entre objetos, es lo que hemos llamado con Freud la perversidad polimorfa, interviene para detener esa búsqueda errática, y que, gracias a la fijación de un objeto y un recorte de cuerpo, lo polimorfo encuentre cesación sin, adviértase, perder la esencialidad perversa de la sexualidad humana. Sobra decir, que tanto el proceso polimorfo como el proceso de repetición son inconscientes de modo que las actuaciones, las determinaciones conscientes del yo, de esa

instancia que se dice autónoma, libre e idéntica, en realidad vienen determinadas por esos procesos que han determinado la sexualidad humana por cuanto depende y se aliena al lenguaje.

Desde aquí podemos comprender, por lo menos, dos cosas. La primera de ellas es que al decir, al presentir y sentir aquello que llamamos identidad sexual entramos en una aporía. En apariencia y de manera “natural” nos encontramos ante la preeminencia de dos géneros de la misma especie, masculino y femenino, que corresponderían a la clasificación que hemos realizado, desde el lenguaje, en los demás individuos que hacen parte de las diferentes especies, macho-hembra, como si hubiese una correspondencia biunívoca, como si existiera una relación que revelara una verdad eterna y excluyente: hembra-femenina, macho-masculino, como si lo uno remitiera a una otredad que se reduce significativamente a una mismidad. Mas, lo que se advierte es que dicha correspondencia no existe *stricto sensu*, que no hay una obligatoriedad en advenir hembra o macho, por natura, por el hecho biológico, que no hay correspondencia con lo que se nombra como femenino o masculino; que estos modos de nombrar se dicen más allá del hecho para constituirse en evento de derecho y, con ello, reclamar una polivalencia significativa, una multiplicidad de modos de estar y existir que se han intentado normalizar gracias al mal entendido de una correspondencia biunívoca.

Al no existir esa relación biunívoca de modo exclusivo, no podría sostenerse la existencia de una identidad en sentido estricto, sin admitir de suyo como condición el proceso de identificación; proceso que nos liga a un más allá de la imitación, del mimesis animal o los parecidos entre un A y un B en el orden comportamental y conductual. Ello puede y de hecho es aplicable a los individuos de una especie x, pero no a los sujetos humanos, es decir, a los hablante-seres.

Para hablar de una identidad sexual habría que negar la presencia, la existencia del sujeto, efecto del derecho, de la alienación al lenguaje y, con ello, negar la condición misma de la esencialidad y especificidad de los hablante-seres. Sin embargo, en el ámbito de lo que ha hecho y hace tradición se niega el derecho a la multiplicidad, a la diversidad en lo referente a la sexualidad hasta llegar al pun-

to de realizar “interpretaciones” que deniegan los descubrimientos más evidentes que se han realizado sobre ese tópico inherente a los hablante-seres, tal como se puede seguir de la proposición analítica del y sobre el Edipo.

En primera instancia, pasar por el Edipo no garantiza ninguna identidad sexual, si bien se produce una suerte de tal, lo que allí se constata es un proceso de identificación que conduce a una “normalización sexual”, a la prefiguración de uno u otro género soportado en la biunivocidad, ampliamente aceptada, entre lo natural, biológico, y la esfera del mundo humanizado, pervertido, el lugar no del hecho sino del derecho, sosteniendo que dicha correspondencia es lo normal y natural y lo demás desviado, “anti natural o bestial o simplemente perverso”. Una normalización que el propio Freud comprendía que no era lo que es, pues sabía lo que se produce por vía de la identificación; ella, para el psicoanálisis, no se da en una persona ni se decanta en un individuo, sino en la representación, en un rasgo que es una determinación psíquicamente inconsciente, de forma que papá, mamá, abuelos o tíos, como personas e individuos, no son la fuente de la identificación ni implican ninguna identidad sexual.

Si bien así se ha leído y, desafortunadamente se sigue leyendo, que el paso estructural por el Edipo da identidad sexual, debe reconocerse que dichas posiciones, hembra-femenino y macho-masculino, no son producto del paso, psíquicamente hablando, pues para ello se debe contar, de un lado, con los imperativos pulsionales, los desarrollos libidinales, y de otro, lo propiamente edípico, la elección de objeto, los narcisismos y, por último, con la determinación gozante del sujeto.

Recordemos un par de sentencias a propósito de lo expresado hasta este momento, a saber: 1) No hay más ley que la expresada y determinada por el derecho, constancia de lo simbólico; no hay ninguna ley devenida de la naturaleza para el hablante-ser. 2) Allí donde se sostiene ser o estar, el psicoanálisis “sabe” que no es ahí, que ni objetos, ni sujetos, ni demandas o deseos se aprehenden en dicha posición, disposición o acción, sino en Otro lugar desde donde se es “ordenado”, dicho y nombrado.

Siguiendo esta línea, podemos sostener que lo llamado identidad sexual es una “normalización identitaria” aprovechada por los órdenes sociales, políticos y religiosos, una reducción de lo diverso y múltiple a un binarismo que se ha querido hacer sostener como avalado en las proposiciones psicoanalíticas, pero en realidad debe reconocerse, más bien, que esas proposiciones se han soportado en lecturas e interpretaciones equívocas y antojadizas que terminan sosteniendo que del psicoanálisis devienen propuestas, posiciones y declaraciones machistas, sexistas, entre otras; sin embargo, lo que se puede verificar y observar en nuestro diario vivir es, precisamente, lo que ha valido un trabajo detallado y prolongado en la observación y la escucha del saber analítico, aquello que descubrió y sistematizó, se utiliza, se nombra y se vive actualmente de una manera tan corriente, tan normal, que parece que la operación de la represión, central en la lógica analítica, ha quedado abolida, haciendo del descubrimiento de lo polimorfo, de lo diverso, lo que hoy se reivindica como derecho: el derecho a la diversidad, a lo múltiple, a nuestra sexualidad, sin las urgencias reduccionistas de correspondencias exclusivas y excluyentes.

Lo que se hubo de canonizar, lo que se ha dicho es lo normal, lo que cada hablante-ser debía vivir, obedecer, esa reducción de lo uno a lo otro, terminó haciendo cuerpo en una identidad sexual sin gozo. Toda identidad sostenida en lo biunívoco es la máxima expresión de la negación de la diferencia pues anula, por principio, cualquier posibilidad de gasto, de pérdida, de aceptar estar constituido a partir de un agujero abierto en la carne, agujero que pulsa angustiado y que se intenta cubrir, que se intenta cerrar, obturar, coser por medio de una identidad sexual que busca en lo otro de sí una complementariedad que borraré, suturará, el agujero fundante de los hablante-seres.

Podríamos decir que heterosexuales, homosexuales y trans conforman un gran conjunto que no tiene un límite que sea consecuente con la “estructuración”; la desnaturalización que los procesos psíquicos inconscientes operan sobre el sexo biológico nos indica que deberemos llamar a ese gran conjunto, el conjunto de lo hetero, aquello que, devenido de las diferencias, de lo múltiple, connota lo más propio de habitar en el lenguaje, de realizarnos esencialmente en el registro simbólico que permite la constitución misma de la creación,

del mundo humano que se humaniza en la aceptación de los posibles y la irreductibilidad de los inventos e intentos por reducir lo múltiple a un binarismo estrecho.

En fin, para el psicoanálisis, esa resolución binaria: heterosexuales y homo, que se ha llamado identidad sexual, exige ser repensada y, para ello, debemos avanzar hacia una propuesta sostenida por el analista francés Jacques Lacan, lo que exige un esfuerzo que nos pondrá un más allá de la identidad sexual: la presencia de una lógica y un lugar presente en los hablante-seres. Permítanme invitarlos a esta argumentación que no podré exponer en su totalidad aquí, por razones obvias, pero que intentaré poner en el horizonte como motivo de reflexión y próximos encuentros. Veamos.

De otro del lenguaje a una sexualidad sin identidad.

En primera instancia, dejemos claro que no entraré en la disputa epistémica y política que se ha dado en el ámbito psicoanalítico, que si Freud ya lo dijo todo, que Lacan es un continuador de Freud, para simplemente tomar al psicoanálisis como una propuesta seria y profunda que intenta producir una explicación de la situación estructural del sujeto y su inserción en el cuerpo de lo social y las lógicas subyacentes. En este sentido, todo referir a un autor y su teoría suma, desde la particularidad de la misma, al todo, nunca completo por definición, analítico. Hecha la salvedad, sostengamos que en el trabajo de Lacan podemos ubicar con meridiana claridad dos proposiciones que se conjugan al ser, precisamente, disyuntas.

El intento por recuperar la potencia de la palabra, por recuperar lo esencial del descubrimiento freudiano –que de una manera u otra se sospechaba por parte de la filosofía–, esto es, que el lenguaje está en el corazón mismo de la estructuración de los sujetos y de la realidad misma, el analista francés realiza una maniobra soportada en la ciencia, es decir, acude a la lingüística y encuentra allí las leyes que subyacen en lo gramatical y lexicográfico al propio lenguaje. Palabras, significantes, significados, signos como elementos constitutivos organizados por esas leyes que producen operaciones tales como la metáfora y la metonimia, sentidos, sinsentidos, componen la sinfo-

nía lacaniana al punto de ensayar una definición del inconsciente que se soporta en ellos: “el inconsciente estructurado como un lenguaje”; proposición que lo llevará a declarar, lógicamente, que el inconsciente es el discurso del Otro; así como el deseo, que creyendo es lo más propio, pertenece a la dimensión de ese Otro que desea para poder desear. En una palabra, la propuesta analítica de Lacan se soporta en una Otredad que en un sentido se mantiene como un todo legislativo que ordena desde su discurso la realidad de los hablante-seres, es decir, su hipotética mismidad.

En este sentido, Lacan se mantiene en la perspectiva de la identificación edípica promulgada por Freud y que aún hace su emergencia, más bien permanece, en nuestra realidad, de suerte que podría sostenerse que luego del descubrimiento de la perversión polimorfa del niño, Freud inventa su Edipo para mostrar cómo ese pequeño polimorfo, gracias a la acción de múltiples factores, adviene un uni-forme, ya un niño o una niña o un hombre o una mujer. En este sentido, el paso por el Edipo –sería más preciso decir complejo edípico– lo que permite es “corregir” la dispersión polimorfa de las pulsiones por medio de identificaciones unificantes; empero, ello implica un costo, un pago que se realiza desde el sacrificio y apuestas fallidas, se apuesta en donde no se debe apostar y nos acostamos en el lecho en que somos inmolados. Sostengamos entonces que la identificación es la manera, freudo-lacaniana, de nombrar al proceso mediante el cual lo simbólico asegura su acción, sus asas, sus mangos, su presencia sobre lo real.

El paso por el complejo edípico y las identificaciones unificantes que allí se producen dan consistencia a ese Otro del discurso que Lacan anuncia. Otro que dicta el anudamiento de sus leyes con la identidad anatómico-orgánica, que crea un nudo entre sus normas, sus paradigmas, obligaciones y prohibiciones y en su consistencia, imaginaria, naturaliza lo desnaturalizado. Ese Otro que impone una solución paradigmática, uniforme, al complejo de castración: la salida heterosexual que, históricamente, ha relegado cualquier otra solución como anormal, como patológica, sin fundamento razonable. Una organización de los sexos que nos impera, que nos ha dicho qué es ser una mujer o qué es ser un hombre e impuesto su derecho sobre el hecho de la diversidad.

Valga señalar que esta misma lógica del Otro devenido organizador, legislador, y sus paradigmas para solucionar el complejo de castración están en la simiente misma de los problemas de “género” que hoy día, en nuestra parroquia como en otras, se trabaja y analiza en pro de una solución diferente a la ofertada por el binarismo.

Esta vía, señalada por Freud y continuada por Lacan, nos permite sostener que las identificaciones promocionadas desde el Otro producen en los sujetos sentidos particulares que se soportan en lo que es común en el orden de sus estructuraciones validando la ficción de la resolución del Edipo y la castración misma, con lo cual nada explicaría lo que la evidencia nos muestra. Para ello, se hace imperioso ese momento en Lacan que he llamado el disyunto. Veamos.

Lacan, conocedor y trabajador de esta vía, se aleja de ella, precisamente, cuando va más allá del Edipo, después de reformular y racionalizar en términos de lenguaje la problemática edípica y castratoria, en primera instancia, realizando lo que llamó, por segunda vez, la esencia del psicoanálisis, y que consistió en ponerle una barra a ese Otro, es decir, que allí en el mismo lugar en donde habita el lenguaje hay una falta –falta en la ley que se mantendrá funcionalmente por muchos años en el trabajo del francés, hasta llegar a la década del 70 del siglo pasado, cuando una serie de trabajos soportados en la evidencia tanto de la clínica como del diario discurrir lo llevan paulatinamente hacia otro sitio.

En el texto *“El saber del psicoanalista”*, el *Seminario 19: ...O peor* y el *Seminario 20: Aun*, sumados a *El atolondradicho* y a la incorporación del enlace borromeo de tres, son los textos en los cuales, de manera abreviada, se vuelca lo que se había sostenido como esencial para el análisis y la posibilidad de explicar o comprender la esencia de los sujetos en sus realidades, espacios sociales y espacios intrapsíquicos.

Si el significante es lo que garantiza la operación de lo simbólico sobre lo real, entonces todo lo demás pensable queda consagrado a él, a ellos, a su potencia y sus funciones, de modo que el gozo es un elemento más al interior de una gramática legislada; sin embargo, y gracias a un equívoco, definición posterior del mismo inconsciente,

Lacan advierte que más allá del lenguaje que define estructuralmente al inconsciente habitan la lengua y el habla –entidades que ya estaban presentes en los lingüistas Saussure, Jakobson, Benveniste, entre otros, y que de una u otra manera en Lacan no habían hecho presencia en sentido estricto–.

Una pregunta a esta altura podrá esclarecer algo más, ¿por qué el lenguaje y no más bien el habla o la lengua para definir el inconsciente? Responder a esta pregunta nos llevaría mucho tiempo y más bien dejemos que cada quien le dé una la posible respuesta desde sus presupuestos, pues lo que quiero señalar es que Lacan toma el artículo y el sustantivo de la expresión *la lengua* para realizar un neologismo que marca definitivamente su trabajo: *lalengua*.

Lalengua es una palabra que aún no ha entrado en las leyes gramaticales y lexicográficas, en la ley del mismo lenguaje, restando, quedando por fuera del hecho simbólico mismo; este llamado a lalengua subvierte la determinación significante sostenida hasta esta época y pone en el horizonte al gozo sobre él, operación que le posibilita otro vocablo que trataré para finalizar esta breve intervención: la “sexuación”. Este vocablo tiene sustento en la lógica cuantora y sus fórmulas se encuentran ya en atollado del dicho, antes que en el *Seminario 20, Aún*, llegando a revelar, a postular un modo en donde se puede identificar, en último análisis e instancia, al hombre y la mujer por sus modos de gozo.

Esta lógica de la sexuación nos muestra lo que se comprueba todos los días, a saber, que la potencia de las normas del Otro y sus paradigmas tienen un límite, un lugar donde falla, no opera más, ese lugar, si se me permite decirlo, es al pie de la cama. Ese lugar es donde los cuerpos sexuados se encuentran y demuestran que el discurso del Otro no es adecuado para corregir, como lo ha hecho en otros lugares, la desnaturalización del hablante-ser, pues no tiene ninguna otra cosa que ofrecer para suplirlo que no sea el semblante fálico. El semblante fálico –único soportable, cuya función reparte a los sujetos entre dos modos de inscripción respecto a dicha función que está íntimamente ligada a la castración como devenida del lenguaje–, en esa lógica, se sostiene, se revela la función del gozo mismo.

Es hombre el sujeto que está enteramente sometido a la función fálica, aquel que tiene una organización que se sostiene en la virilidad, en un todo legislador cuyo límite se juega en la impotencia; por este hecho, la castración es su premio, igual que el gozo fálico al que accede por mediación del fantasma. Por el contrario, es mujer, Otro, aquello que está no-todo enteramente sometido al régimen del goce fálico y toca un gozo otro, suplementario, sin soporte de objeto o semblante alguno, un no-todo que no conoce el límite y se abre a dimensiones in-calculadas en el ordenamiento gozante fálico.

Esta distribución, lo vemos, es binaria, como lo es la *sex ratio* biológica que no sabemos por qué, y hasta nueva orden, reparte de modo más o menos igual en la especie a los machos y a las hembras. Sin embargo, lejos de ser un simple efecto de este reparto natural, la binariedad del sexo depende, según Lacan, de una necesidad totalmente diferente, lógica, que depende de las coacciones de la significancia y que, curiosamente, reduce la facticidad del sexo a una elección entre el todo y el no-todo fálico.

Así, la tesis hace emerger una extraña homología entre dos alternativas heterogéneas, macho-hembra y hombre-mujer, y sin embargo podemos afirmar que ambas son reales. Una, la del viviente sexuado, porque depende de la naturaleza y de sus regularidades verificadas. La otra, la del hablante-ser, porque proviene de las coacciones lógicas del lenguaje que al no cesar de escribirse valen en lo simbólico como algo real.

Se verifica, en efecto, que la anatomía no constituye el destino del Eros, aunque para cada hablante-ser sea un prejuicio a priori: dicho de otro modo, hay hombres y mujeres, en el sentido del derecho, el estado civil, que no son hombres y mujeres en cuanto seres sexuados, ergo hay una elección posible que guarda en su seno una problemática. Pero la elección no implica libre arbitrio alguno, sino, en primer lugar, que las dos alternativas no son isomórficas y que en su hiato se deslizan todas las discordancias –la evidencia nos dice, testimonia sobre la discordancia entre el sexo del estado civil y el sexo erógeno–. En ambos casos, si bien hay elección, se trata, en efecto, de una elección forzada. Elección entre el todo o el no-todo fálico, por lo cual, el que designamos como sujeto, más que ser el agente de tal elección,

paga el precio. El sujeto no elige nada en esta elección, solo es efecto de la misma, con lo cual podemos sostener que la diversidad se multiplica en el hiato que existe entre los elementos del conjunto abierto, nombrado más arriba y que hemos llamado conjunto hetero.

Ahora bien, podríamos sostener con Lacan que los sujetos se pueden autorizar por sí mismos como seres sexuados, es más, están obligados a ello en la medida en que el inconsciente falla cuando ordena, se equivoca y desdice más que decir. Esta propuesta la encontramos en el libro *Seminario 21, Los no incautos yerran*, allí se deja leer que esa falla del inconsciente produce una desgracia, una mala hora, pues ese fallar está inscrito en el sexo, en el sexo femenino, “que de tanto hablar, era poco lo dicho” (Lacan, 2012). En este sentido lógico no es más que Uno fálico, con sus potestades narcisistas, y nada dice de lo que “se atrinchera ahí con lo que de él se sustrae” (Lacan, 2012).

Este inconsciente nada dice de ese Otro, del Otro mismo, y que por principio y esencia le ex-siste en un más allá que no puede cooptar.

Lo deja por fuera, al Otro sexo, el femenino, al serle imposible; al operar una forclusión sobre él se podría sostener que el inconsciente es homosexual, de suerte que la expresión “no relación sexual” quiere decir, consecuentemente, que, a pesar del amor y el deseo, el gozo, en tanto fálico, no da acceso alguno al gozo del Otro, sea el que fuere.

Para terminar, si sabemos por el psicoanálisis que no hay Otro del Otro, debemos reconocer que la Otredad que soporta ese imposible forcluído del sexo es la sexualidad femenina, que posee en su seno lo que entrega en el orden del gozo fálico en su versión de todo, aspiración ilusionada, o en la versión del no-todo en que reside lo mismo de lo Otro; o, en otras palabras, el conjunto hetero es la Otredad que posee la función fálica como garante de la distinción, de la diferencia y la misma diversidad que no es perversión.

Referencias bibliográficas:

Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Paidós. p. 492.